EL

NUEVO MAPA DE EUROPA

POR

EDMUNDO ABOUT.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
calle del Barco, número 2.

EL

NUEVO MAPA DE EUROPA

POR

EDMUNDO ABOUT.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
calle del Barco, número 2.

PREFACIO QUE DEBE LEERSE.

Os advierto que tengais cuidado de no tomar este capricho por un folleto oficial. Ni siquiera es una indiscrecion, porque el autor no tiene la mano bastante hermosa para llevar la pluma á los grandes, y es su oido muy duro para escuchar detrás de las puertas, y su espinazo demasiado inflexible para doblarse anté el ojo de una llave; es un campesino de Saverne, un hombre oscuro, que nunca será mas que un funcionario de la libertad. Reconocereis fácilmente que su estilo carece de esa entonacion y solemnidad que distinguen las redacciones oficiales. Finalmente, la historia que cuenta es una ficcion, una conseja, un sueño, tal vez una broma y un pez de abril. No olvideis, sin embargo, que Lafontaine ha dicho con su amable sabiduría:

«Pez pequeño á grande llega
con tal que Dios le dé vida.»

E. A.

EL NUEVO MAPA DE EUROPA.

Algunos viajeros, reunidos por la casualidad, habian comido en la fonda de Louvre el primer dia del mes de abril, y ya porque la comida fuera escelente, ya porque la casualidad hubiera tenido cuidado de reunir personas sin gravedad, una amable familiaridad nació entre los convidados, y todo el mundo se conocia á los postres.

Esto hubiera parecido muy sencillo cien años atrás, pero es casi inverosímil en un siglo entonado como el nuestro. Sin embargo, los viajeros de que os hablo, como no pertenecian á ninguna aristocracia, no aspiraban al ridículo del gran tono.

Era un capitan francés, alto, hijo de una familia de militares y sobrino de un teniente de artillería; una hermosa dama inglesa, puesta al frente de una casa de esportacion, que tiene factorías hasta en el fin del mundo; un viejo fraile romano, de rostro apacible y respetable; un agraciado sargento piamontés, de buen apetito y largos bigotes; un turco de Constantinopla, casado con setecientas cincuenta mujeres y medio amodorrado; un corpulento ruso de recto criterio y buena presencia; un prusiano cuadrado por su base; un americano alto, esbelto y de gracia en el hablar; y finalmente, dos jóvenes de veinticuatro á treinta años, que podrian tomarse por hermanos, aunque el uno habia nacido en Viena y el otro en Nápoles.

Aquellas buenas gentes hablaron de todo y de otras varias cosas. Agotaron los asuntos de mera actualidad, pero pronto medió en la conversacion la política, porque domina en todas partes en 1860. Se alzó por lo tanto algo la voz, y aparecieron á un tiempo nueve ó diez opiniones contrarias.

Se desató en torno de la mesa una tempestad de teorías que hizo estremecer la porcelana y los cristales.

—¡Pardiez! esclamó el piamontés con una voz que dominó la batahola, me parece que seriamos suficientes para formar un Congreso. Tenemos aquí á la Francia y la Inglaterra, á la Rusia y la Turquía, á la Prusia y al Austria, y á la Italia bajo todas sus fases. Hasta se halla la América, que vendrá á tomar asiento un dia ú otro en todas las asambleas de Europa, porque ya no hay Océano desde la invencion del vapor. Os repito que somos un Congreso, un Congreso hecho y derecho, y hasta de la mas hermosa estofa, pues todos hablamos á un tiempo y no nos entendemos. ¡Deliberemos!

—¡Deliberemos! gritaron á coro.

—Pero, ¿de qué? preguntó el anciano fraile. Sabeis que hay cosas que no admiten discusion.

—¡Todo es discutible! replicó el ciudadano de la libre América.

—¡No, no! respondieron los dos jóvenes de Nápoles y Viena.

—¡Sí! replicó el oficial francés con tono decisivo.

El turco hizo un prolongado bostezo.

—Señora y señores, dijo el americano, no tengo interés alguno en las cuestiones que dividen la Europa y que la despedazarán tal vez el dia que menos se piense; pero si me hubiera cabido la honra de nacer entre vosotros, aprovecharia esta ocasion, única quizás, para desatar todos los nudos, sacar en limpio todos los principios, comprobar todos los derechos, rectificar todas las fronteras y fundar el órden europeo sobre inmutables bases. Os pido un vaso de ese escelente *brandy*. ¡Gracias! Si vuestra discusion pudiera conducir, con el auxilio de Dios, á conclusiones equitativas, lógicas y prácticas, estoy seguro de que los pueblos y los soberanos no vacilarian en adoptarlas. Es verdad que no teneis poderes en regla ni carácter oficial, pero Roberto Fulton no tenia poderes en regla cuando inventó los barcos de vapor, ni Gutemberg estaba revestido de ningun carácter oficial cuando creó la imprenta, fuente de toda luz y móvil de todo progreso.

Aplausos.

—Señora y señores, prosiguió el americano, todos los bienhechores de la humanidad obraron en virtud de un poder que ellos mismos se habian otorgado. Unos lograron su objeto durante su vida, y la gratitud del mundo los hizo reyes; y otros no lo lograron hasta despues de su muerte, y la ingratitud á sus contemporáneos los convirtió en dioses.

Nuevos aplausos.

El orador se enjugó la frente y pidió otro vaso de *brandy*.

—¿Y quién podria, continuó con nuevo ardor, quién podria arreglar los destinos de Europa mas legítimamente que nosotros? Estamos convencidos en América de que el derecho agusto de soberanía pertenece al pueblo tanto, al menos, como á los reyes. Los príncipes no lo ejercen sino por delegacion nuestra en una mitad del universo, y con nuestro permiso en la otra midad. Nosotros le damos el cetro en los países de sufragio universal ó les dejamos en su poder en los demás; los tenemos sentados ó los toleramos en un trono, y por consiguiente solo reinan porque así nos place. ¿Se dirá que tienen una esperiencia que nos falta ó luces de que carecemos? No, porque son muy raros los que, antes de llegar al supremo poder, fueron obligados por las circunstancias ó conducidos por su genio bueno á adquirirlas, y los demás pierden las nueve décimas partes de su tiempo en pasar revistas, recibir embajadores, escuchar palabras inútiles y distribuir cortesías en tanto que nosotros estudiamos la historia y la polít ca. Añadid, si os place, que no tenemos el mas mínimo interés en la particion de Europa, siendo así que un Congreso de soberanos se dejaria llevar en un sentido ú otro por intereses de familia. Somos, pues reyes, somos competentes, somos justos. ¡Deliberemos!

Un trueno de aplausos saludó esta arenga.

El fraile arriesgó una objeccion que fué ahogada por el rumor de las voces; el turco, que no entendia á qué juego se queria jugar, pidió que se lo esplicasen, pero no le hicieron caso, y el ruso, que no carecia de cierta autoridad personal, halló medio de que le escuchasen.

—Deliberemos cuanto se os antoje, dijo con tono enérgico; pero en primer lugar nas falta un presidente, y además un taquígrafo, ó al menos un secretario.

—Acepto la presidencia respondió el oficial del ejército francés. He representado el papel de presidente, y hasta con buen éxito.

La asamblea acogió esta aceptacion, lo cual demuestra que nada hay tan dócil en el fondo como las asambleas.

Pero la eleccion de un secretario suscitó grandes dificultades.

—Vais á ver, decia el presidente, que el secretario venderá á Mr. Havas ó á monsieur Lejolivet el secreto de nuestras revelaciones.

Le contestaron que M. Lejolivet habia cesado de publicar sus correspondencias. Sin embargo, mas de una mitad de la asamblea temia las indiscreciones de las actas.

El presidente puso á todo el mundo de acuerdo llamando á uno de los principales empleados de la casa.

—¿Teneis, le dijo, entre los mozos de la fonda algun mudo?

—Sí señor. ¿No ha de haberlo?

—En efecto, en la *Fonda del Louvre* hay de todo. Hacednos el favor de enviarnos ese fenómeno. Tomará nota de nuestros discursos, y su dolencia no le permitirá que se los comunique á nadie.

El secretario tomaba asiento cinco minutos despues sin haber prestado juramento.

—Señora y señores, dijo el presidente, queda abierta la sesion. De todas las cuestiones que interesan á la paz de Europa, la que mas urge es la de Oriente. El enfermo está agonizando en su lecho de camafeos, y de un momento á otro puede abrirse la sucesion. Tiene la palabra el enfermo, á no ser que crea necesario hacer testamento.

Todas las miradas se dirigieron al corpulento turco, que estaba medio dormido pasando las cuentas de su rosario.

—¡Cómo! ¿qué es eso? murmuró entre dientes. No estoy enfermo, y he comido bien.

El presidente le gritó al oido:

—No estais enfermo vos, si no el Imperio otomano que representais aquí al natural. ¿Quereis hacer testamento?

—¡Pero si no estoy enfermo! replicó el turco obstinado.

—No se trata de vos.

—¿Pues de quién?

—Del Imperio otomano,

—¡An!... ¿Y qué?

—Si fuéramos la Europa reunida en Congreso... ¿Entendeis?

—Sí, sí.

—Y fuérais vos el jefe espiritual y temporal del Imperio otomano...

—¿De veinte y tres millones de hombres?

—Eso es. ¿Qué proposiciones haríais á la Europa?

—Estaria muy fastidiado.

—Y tendriais razon. ¿Pero no pediriais algo?

—Sí.

—¿Qué pediriais?

—Os suplicaria que corrigiérais á mis griegos que me fastidian, á vuestros cónsules que me marean, y á los rusos que me agobian.

—Pedís imposibles, enfermo. La Europa ha hecho por vos cuanto podia; ha prolongado cinco años vuestra vida, y ha espirado el plazo.

—¡Ah! dadme un vaso de agua.

Bebió, bostezó tres veces, y tomó la palabra en tono firme, pero suave.

—Señores, dijo, no tengo ya dinero, y mi papel no circula. Mis ministros han inventado un nuevo impuesto que podria sacarnos de apuros, pero nadie consiente en pagarlo. Mis soldados, como no están calzados ni comidos, no quieren ya marchar ni batirse, y por lo tanto me veo sin defensa contra los enemigos de dentro y de fuera. Los griegos, que son en gran número en mi Imperio y en mayoría en varias provincias, se rebelan por todos lados; los antiguos turcos me vuelven la espalda porque he firmado un edicto de tolerancia, y los rayas y los francos conspiran contra mí porque no he ejecutado el Hatti-humayoum despues de haberlo firmado. La raza turca degenera y se estingue no sé por qué causa, y las razas conquistadas por Mahomet II y sus sucesores reclaman imperiosamente el derecho de gobernarse á sí propias, en lo cual les da la razon Mr. Saint-Marc-Girardin en el *Diario de los Debates*. Y no es esto todo: un enemigo poderoso que Francia, el Piamonte é Inglaterra rechazaron con bastante trabajo hace algunos años, se dispone á principiar de nuevo la guerra y adelanta con activi-

dad las líneas de sus ferro-carriles en direccion á mis provincias. ¿Qué será de nosotros si los ejércitos del Czar repasan el Pruth? El mariscal Pelissier, que nos sacó de apuros tomando á Sebastopol, no se negaria á salvarnos segunda vez, pero me habeis advertido que la Europa ya nada podia hacer. En vista de mis apuros, mis peligros y vuestro abandono, no me resta otro recurso que reconocer con sumision una irresistible fatalidad. Podria sin embargo demostraros que Turquía no es el país de Europa que menos progresos ha hecho en estos últimos veinte años, pero teneis planes irrevocables y predicaria en desierto. Cedo, y me consideraria muy feliz si se me permitiera salvar alguna cosa. Yo, comendador de los creyentes, jefe espiritual del pueblo turco y soberano temporal de veintitres millones de hombres, he resuelto abdicar lo temporal y retirarme á la santa ciudad de Medina con un centenar de mujeres y algunas fanegas de diamantes. Sentado en una alfombra de Esmirna, cerca del sepulcro del Profeta, daré ejemplo de virtudes musulmanas y ejerceré en paz la autoridad religiosa, dejando lo demás á disposicion de Europa.

Dijo, bebió otro vaso de agua, cruzó las piernas sobre su silla, y se durmió profundamente.

El fraile italiano se restregó las manos riendo á carcajadas.

—¡Bravo! dijo; ya tenemos uno que entrega sus romanías. ¿Habeis visto el gesto que ponia? La mano de Dios le ha herido porque era turco. Nuestros enemigos serán pisoteados como taburetes: *Inimicos tuos scabellum pedum tuorum.*

—Reverendo padre, dijo el oficial francés interrumpiéndole, advertid que ha presentado su dimision como un completo caballero.

El fraile reflexionó un momento.

—Queridos hijos, añadió con tono mas suave, la observacion de nuestro distinguido presidente me dá que pensar. Si yo fuera... Pero al hecho, lo soy para toda la velada, pues le represento en este Congreso. Voy á hablaros en su nombre.

Se inclinó hácia el turco dormido, le besó en ambas mejillas y continuó:

—Sí, hijos mios, el ejemplo de este dormilon ha penetrado hasta el fondo de mi alma. No se dirá que un turco se ha mostrado mas razonable y humano que un Papa. Sé muy bien que varios cardenales desaprobarán mi conducta, pero peor para ellos. He escuchado con escesiva docilidad á los importunos; ellos me obligaban á conservar mi poder absoluto, porque les plácia ejercerlo en mi nombre, y en tanto cerré el oido á consejeros mas sábios y desinteresados que querian añadir un consejo saludable á todos los demás beneficios. Me arrepiento.

¡Si mis terribles ministros me hubieran permitido al menos escuchar la voz de mi corazon! Dios es testigo de que no soy malo, sanguinario ni tenaz con mi autoridad temporal. Abdiqué algunos de mis privilegios cuando subí al trono, y la historia atestiguará que mi primer impulso fué bueno.

Hoy mismo, en que todos vituperais en mí una obstinacion inmotivada, la razon me dice que los dos poderes reunidos en mi mano se destruyen mútuamente.

Se me acusa de desdeñar las lecciones de la esperiencia. ¡Ah! Queridos hijos, la creo cuando me dice que los tres millones de hombres sometidos á mi cetro, solo me obedecen por fuerza.

Me creen enamorado de mi reducido ejército, como si la necesidad de las restauraciones violentas y de la ocupacion estranjera no me hubieran convencido mucho tiempo há de que un Papa no puede reinar ya con sus propias fuerzas.

Llegan hasta el punto de decir que ningun valor tiene á mis ojos la vida de los hombres con tal que se protejan mis derechos. ¡Ah! mi corazon me reprende dos veces al dia por la sangre que se ha derramado para devolverme ó conservar mi corona.

Por esta razon, carísimos hijos, quiero

volver á la augusta sencillez del apóstol Pedro que jamás perdió las Romanías, porque jamás las poseyó. Mi única ambicion se reduce á reinar modestamente sobre ciento treinta y nueve millones de almas. Y guiaré ciento treinta y nueve millones de fieles al camino del Paraiso, sin mandar matar á nadie.

Os suplico que recobreis tambien esos cuatro millones de hectáreas que no he sabido administrar ni cultivar. La tierra producirá abundantes cosechas, porque hace mucho tiempo que descansa.

Edificadme una cabaña en Jerusalen con un aposento en el segundo piso para el cardenal Antonelli. Creeria que me faltaba alguna cosa si no le viera mas alto que yo.

Cuanto mas pequeña sea la casa, como decia el primer periodista de nuestro siglo, mas grande será el Pontífice.

Libres allí de los sinsabores del mundo, nos dedicaremos al cuidado de los intereses espirituales que han sufrido por falta nuestra.

(Aquí el folletista propone *rejuvenecer* el dogma y reformar la moral cristiana).

En tanto la Italia, dueña de sí propia, se consolará poco á poco del mal que le hemos hecho; construirá ferro-carriles, pondrá líneas telegráficas, establecerá manufacturas, é imprimirá buenos libros, lo cual no se habia visto hacia mucho tiempo.

Y nuestro querido hijo el rey de Cerdeña, curado del rayo que le hemos lanzado, ejercerá como antes sus funciones naturales.

El auditorio admiró este grande acto de desprendimiento evangélico ó inesperado, y enterneció el ver gastar á un hombre escelente en algunos minutos los tesoros de justicia y de caridad que tanto tiempo habia economizado. El sargento del ejército sardo corrió hácia el anciano fraile y le abrazó con toda su fuerza.

Pero el jóven representante del Austria se habia apoderado ya del uso de la palabra con una viveza muy natural en su edad.

—¡Acepto, gritó, la herencia de la Santa Sede en Italia! ¡Acepto la sucesion del Sultan! ¡Lo acepto todo! Esta es la tradicion de la política austriaca.

Pero viendo que el capitan del ejército francés se sonreia con malicia retorciéndose el bigote, añadió con tono mas moderado:

—Sin embargo, si la Europa pone algun reparo, no aceptaré nada, porque mis negocios se hallan en tal estado, que ya no podria imponer mi voluntad por medio de la fuerza.

—*My dear child*, le dijo la hermosa dama de Lóndres, permitid que una madre de familia os dé un prudente consejo. Mi pueblo no os quiere bien ni mal, y así lo ha probado, absteniéndose de ataearos y defenderos. Si Inglaterra os ha dejado luchando con los franceses y los italianos, ha sido por un acto de buena política. A este precio hemos continuado siendo aliados de Francia, protectores *in partibus* de la libertad italiana y amigos vuestros, sin que nos haya costado un hombre ni un chelin. Los buenos consejos que os ofrezco no comprometerán mi presupuesto ni mi neutralidad. Creedme, *my dear child*; no trateis de engrandeceros mas, pues el furor por las anexiones ha perdido á la casa de Austria como ha arruinado al grande y escelente Lamartine la manía de la propiedad. Lamartine y vosotros sois inferiores á vuestros negocios, á pesar ó mas bien por la estension de vuestros dominios. ¿Qué hace Lamartine? Pone en venta sus tierras para pagar honradamente sus deudas. Sacad partido de este ejemplo, y si no tomais una suprema resolucion pronto y aprisa, reinareis cerca de Clichy; así lo ha demostrado la *Revista de ambos Mundos* en su número del 15 de marzo. Daos prisa, pues, á vender algunos buenos trozos de tierra para quitar las hipotecas que gravan el resto de vuestros Estados; vended la Venecia á los italianos, la Hungría á los húngaros y la Galitzia á los polacos. Mas vale vender amistosamente que por medio de espropiacion.

—¿Y quién podrá espropiarme? pre-

guntó el jóven austriaco con altivez juvenil.

—Todo el mundo, ó poco menos. Por poco se rescató á sí propia la Gallitzia en 1846; la Hungría lo hizo completamente en 1849, y el acta fué firmada ante el señor Kossuth, que saldó el precio de venta en moneda de hierro y acero. ¿Qué habeis obtenido en cambio de la Lombardía? Bayonetazos y balas. Y de muy poco le fué que Venecia no cambiase de dueño al mismo precio.

—Venecia es aun mia.

—Porque os la dejó un francés.

—Es mia la Hungría.

—Porque os la devolvió un ruso.

—Es mia Gallitzia.

—Peor para vos. Quisiera que tuviérais menos súbditos, porque así tendriais menos enemigos. Consultad á vuestro ministro de Hacienda, y os dirá lo que cuesta todos los años conservar y reparar el yugo de una nacion esclavizada. Si hiciéseis un buen contrato con vuestros oprimidos, todo el mundo ganaria en ello, y vos mas que nadie. Evitaríais la vergüenza de una bancarota, pagariais vuestras deudas, y sacadas las cuentas, os quedarian algunos buenos millones en dinero limpio, que emplearíais en la mejora de un pequeño dominio tranquilo y puramente aleman, que nadie os disputaria ya. Pero cuando os veo buscar en la herencia del Papa y del Sultan un remedio para vuestros apuros, os comparo á un hijo de familia acribillado de deudas que aceptase la sucesion de dos hombres insolventes.

El jóven aleman no respondió sí ni nó, segun costumbre de la diplomacia austriaca; dió las gracias á la bella y generosa consejera que tan bien habia hablado, y preguntó con timidez si se le concederian la Valaquia y la Moldavia en premio de ser buen muchacho. Estas dos ricas provincias iban á quedar sin amo.

—Lo han encontrado ya, respondió el capitan francés. El amo de la Valaquia y la Moldavia es el pueblo moldo-válaco. Pasó el tiempo en que las naciones debian pertenecer á alguien, sopena de ser presas por delito de vagancia, y no se peca ya contra el derecho de gentes perteneciéndose á sí propio. Así discurren el pueblo francés y la nacion inglesa, la mas noble mitad de Italia y el bello pueblo moldo-válaco. Tal vez será reconocido algun dia este derecho en toda Europa, como lo es ya en toda la América del Norte. No desespero de ver á todos los pueblos mayores, esto es, llegados á la edad viril, elegir libremente sus magistrados supremos, como me ha elegido la Francia.

—¡Bien! esclamó el sargento piamontés, acepto el principio y pregunto: ¿Son mayores de edad los italianos en los Estados de la Iglesia?

Suscitóse una discusion sobre este punto. Los dos jóvenes de Viena y Nápoles pretendian que, á escepcion de los súbditos sardos, todos los italianos eran menores en política que lo habian demostrado patentemente con sus locuras en 1848, y que Europa habia tenido que volverles á poner en tutela por via de seguridad. Pero el piamontés citó los dignos ejemplos de moderacion, paciencia, union y espíritu de conducta que estos mismos pueblos habian dado de un año á esta parte, y el Congreso se vió obligado á reconocer que la Italia central era ya una persona hecha y derecha.

—Sentado este punto, añadió el sargento de caballería, espero que Europa va á dar carta blanca á los antiguos súbditos de la Iglesia. Ya no teneis derecho para enseñarles el camino, puesto que son bastante hombres para conducirse. Abrid el escrutinio, consultad á los pueblos, dejad que las gentes corran adonde les empuje el corazon, y apuesto mi pipa y mi sable á que antes de tres dias estarán todos con nosotros.

—¡Vírgen Santísima! esclamó el jóven napolitano. ¿Pero no veis que á ese paso mi trono no se sostiene mucho tiempo? Conozco el pueblo de las Dos-Sicilias, porque dos ó tres veces lo he visto por la ventana de mi palacio, y sé que su mayor deseo es

librarse de sus soberanos. No le consulteis, ó soy perdido.

Tranquilizaron al muchacho con buenas palabras, y el sargento, tan leal como valiente, prometió no hacerle mal alguno y portarse como buen vecino.

—¿Qué me importa? añadió lloriqueando. Sereis mi vecino, y vuestros pueblos libres. ¡Qué ejemplo para mis súbditos! No hay cordon sanitario que detenga el contagio de las ideas, y no hay montes tan elevados, que ese maldito nombre de libertad no cruce en un dia, porque tiene alas de águila.

Se enjugó los ojos, y continuó con tono mas resuelto:

—¡Ea! mis intereses personales están en peligro, y ha llegado el instante de invocar el interés público. El Padre Santo no puede ni debe abdicar su poder temporal, pues el territorio que ha adquirido, no sé cómo, es indispensable para su autoridad espiritual; así lo demostró patentemente Mr. Thiers. El padre comun de los católicos, el heredero de Simon Barajone no tendria crédito en la asamblea de los fieles si no fuera señor de tres millones de italianos y cuatro millones de hectáreas, si no mandára á un mal ejército de 15,000 hombres, y no sacase la lotería todos los sábados. No cabe autoridad sin reino, ni espiritual ni temporal, y Juan sin Tierra no seria en el dia mas que un Juan Fernandez... Perdonad la espresion en gracia de la exactitud.

—Os equivocais, señor de Nápoles, respondió el americano. Un diplomático de mi país, Mr. O'Sullivan, ha publicado en buen francés en la librería de Dentu, un folleto titulado *La cuestion del Pontificado, considerada bajo un nuevo punto de vista.* Leed ese documento, que no está redactado de modo que se fastidie el lector, y aprendereis muchas cosas, y entre otras esta. El Congreso de los Estados-Unidos, ese sacro colegio de la libertad que rige los destinos políticos de treinta y un millones de hombres, nunca quiso territorio, y se contenta con la modesta capital de Washington y un distrito de cuatro á cinco leguas cuadradas, de las que vendió voluntariamente una parte en 1846. Los habitantes de Washington, sometidos á la autoridad inmediata del Congreso, no gozan ningun derecho político, ni siquiera envian un diputado á la representacion nacional, y han renunciado patrióticamente á todas las libertades que gozamos en América. Un régimen municipal muy templado, los beneficios materiales que les redunda por la presencia del gobierno y la dignidad escepcional de su posicion central les indemnizan de todo lo que les falta. Viven precisamente en la condicion que se impondria á los habitantes de Jerusalen si se sacrificara esta ciudad al gobierno del Papa. En cuanto al Congreso federal de los Estados-Unidos, puedo aseguraros que delibera en Washinton con tanta ó mayor independencia, como si tuviera que inmolar tres millones de hombres á sus gastos secretos sobre una ara de cuatro millones de hectáreas.

El jóven de Nápoles respondió que América no era Italia. Es la respuesta que se dá cuando no se sabe qué responder.

La asamblea pasó á otro punto y decidió que el sargento piamontés anexionara los Estados de la Iglesia, despues de consultar á los pueblos. El presidente, hombre escelente en el fondo, á pesar de su aparente flema, se esforzó en consolar al jóven napolitano.

—Hijo mio, le dijo, creo que las leyes piamontesas son, en efecto, mas liberales que las vuestras, y es de temer que choque á vuestros súbditos tal contraste. Parad el golpe: nadie lo puede hacer mejor que vos siendo soberano absoluto. El despotismo es admirable en cuanto permite á un hombre de buena voluntad hacer mucho bien en poco tiempo. Cambiad la Constitucion de vuestro país, ó mejor dicho, concededle una. Por poco que hagais por el pueblo de las Dos-Sicilias, quedará lleno de gratitud, porque vuesiros antepasados no le mimaron nunca. Corregid algunos abusos, destruid algunas cárceles, econo-

mizad el palo, despedid cinco ó seis mil agentes de policía, y aun quedarán bastantes. A este premio, podeis abrigar la esperanza de reinar aun cinco ó seis meses, lo cual es muy lisonjero para un Borbon. Tenemos ya á la Italia reconstituida: será piamontesa antes del primero del año próximo. Pasemos al imperio otomano.

—Trataré de esta cuestion tanto mas gustoso, dijo el ruso, cuanto que siempre se goza en hablar de los primeros amores.

El ruso era un buen mozo, de cuarenta y dos años, de noble presencia y rostro despejado. Hablaba el francés como un hijo de Tours, y su acento no carecia de firmeza ni de gracia. Se le escuchó, pues, con complacencia, y hasta, debo confesarlo, con cierta simpatía.

—Señora y señores, dijo, los Estados del Sultan se ven privados de su soberano. ¡Lejos está de mí la idea de humillar á los súbditos de vuestro hermano circunciso, pero todo el mundo convendrá en que son menores, muy menores de edad y demasiado jóvenes para gobernarse por sí propios. Este es un trabajo, de que me encargaria gustoso si la Europa lo tuviera á bien.

Este exordio, aunque no fuese imprevisto, suscitó vivas reclamaciones. El austriaco, el napolitano y hasta el prusiano que aun no habian dicho esta boca es mia, se esclamaron á coro, hablaron de cierto testamento que los soberanos de Petersburgo ejecutaban sobrado literalmente, y hasta llegó á decirse que la Rusia de Alejandro II, así como la España de Felipe II y la Francia de Luis XIV, aspiraba á la monarquía universal. Sin embargo, como se habian reunido con un espíritu de justicia y moderacion, y como todos estaban sin armas, la mayoría se puso de acuerdo para reconocer que la mayor parte de los soberanos de Rusia desde Pedro el Grande, habian [illegible] con bastante utilidad á la causa del progreso, y que habian creado en torno suyo y preparado por medio de la conquista un órden de cosas intermedio entre la barbarie y la civilizacion.—Arrastrar á los salvajes del rio Amor por la corriente de la vida europea, era servir los intereses de la humanidad, y Rusia habia venido á buscar nuestras artes y ciencias para introducirlas á cañonazos entre los pueblos mas refractarios. Hubiera sido por consiguiente injusto echarle en cara una ambicion tan útil al mundo.

El buen moscovita se atrajo á los mas pertinaces esponiendo con elocuente sencillez la historia de las conquistas de la Rusia, y no le costó gran trabajo demostrar que el coloso del Norte no marchaba contra la Europa, sino para la Europa, que el objeto de su ambicion, con tanta frecuencia calumniada, no era dar el Knout á las bailarinas de la Opera, ni devorar paquetes de velas en las mesas de la *Casa de Oro*, sino humanizar el Oriente bárbaro, y que abriendo á nuestras ideas y productos caminos desconocidos, se le podia considerar como el aposentador de la civilizacion.

El Congreso confesó de buena fé que tenia razon, y poco faltó para que se anexara de una vez el imperio turco á la Rusia.

Pero la bella y graciosa dama de Lóndres, de la casa Purse Pocket y compañía, hizo observar que su pueblo era tambien un poderoso vehículo de nuestras ideas y nuestra industria, y tanto mas poderoso cuanto que los ingleses no pueden estarse quietos, y llevan consigo en sesenta y dos cajas y noventa y siete cartones una muestra de todos los productos de su país.

—Recordad, les dijo, que el inglés mas indigente acarrea hasta el fin del mundo una civilizacion, no bosquejada, sino perfecta, con los tartanes, las indianas, las porcelanas pintadas, las pastillas de menta, los cortaplumas de nueve hojas y todos los instrumentos del progreso.

Este punto era incontestable. Animaba por otra parte tal desinterés á todas las potencias presentes, que nadie se negó á dar á Inglaterra y á Rusia una parte del imperio vacante. Se suplicó á la hermosa dama que se encargase del Egipto y tuvo á bien aceptar la donacion, aunque se reservaba oir el parecer del Parlamento, donde temia encontrar una viva oposicion de parte de lord John Russell y M. Kinglake, que tienen costumbre de montar en cólera al oir tan sólo la palabra anexion. El mismo lord Palmerston podia suscitar algunas dificultades fuera de toda cuestion de principios, si el ayuda de cámara de su señoría le hubiera puesto una media al revés.

—En el caso de que todo se arreglara amistosamente, añadió la buena señora, os prometo que la abertura del istmo de Suez se llevaria á cabo sin dificultad alguna, porque la grande y generosa nacion inglesa es incapaz de entorpecer un proyecto de utilidad general cuando se ejecuta en provecho suyo. No es esto todo; no siéndome ya necesarias las fortalezas marítimas de Corfú, Malta y Gibraltar, me apresuraré á evacuarlas, teniendo una gran satisfaccion en derrocar esa insolente y despótica barrera de Gibraltar y devolver á Europa las llaves del Mediterráneo.

Se aplaudió, y se preguntó cómo habia sido la Europa tan nécia ó tan cobarde para dejar durante cuarenta y cinco años las llaves de un mar europeo en manos de algunos insulares del Occano.

El buen ruso declaró que no se dejaria vencer en generosidad, y solo consintió en tomar á los turcos las provincias realmente bárbaras, pues eran las únicas donde podia ser un bien la dominacion rusa.

No aceptó á Constantinopla, ni las provincias de la Turquía de Europa, y ni aun el Asia Menor, alegando que la nacion griega, que es fuerte en estos países, debia disponer libremente de sí propia y elegirse un soberano.

—Los griegos, dijo, son tan ilustrados al menos, y tan civilizados como los rusos. No ha de juzgarse de la nacion por ese aborto de reino que la Europa bosquejó despues de 1830. Organizad un grande Estado que tenga su capital en Constantinopla, colocad en él un emperador elegido por la nacion en cualquiera familia reinante de Europa, esceptuando la mia, y muy pronto vereis diez millones de ciudadanos marchar como un solo hombre por la senda del progreso.

El napolitano tomó la palabra para preguntar si el orador hablaba con sinceridad. Este jóven, educado en la escuela del derecho divino por los RR. PP. jesuitas de Nápoles, se asombraba de que pudiera defenderse sin segunda intencion la causa de un pueblo.

—¿Con sinceridad? replicó el ruso con generoso ardor. Vais á ver hasta qué punto soy sincero. Hacedme el favor de darme un vaso de *kummel*. Luego hará cuarenta años que los alarmistas de Occidente se figuraban que Rusia iba á caer sobre Europa, como os hacian creer en el año 48 que los arrabales iban á caer sobre París. Pues bien; quiero curar á esas buenas gentes de su terror pueril. Pido que la Europa alce un dique insuperable entre ella y nosotros; resucitemos de comun acuerdo esa hermosa nacion polaca, ese pueblo caballeresco entre todos que la diplomacia y la guerra sacrificaron tantas veces sin desanimar su valor. Renazca Polonia de entre sus cenizas; sea grande y fuerte; llegue por el Norte hasta el Báltico, y por el Sud al mar Negro, y los asustadizos de Occidente cesarán tal vez de temernos cuando se vean protegidos contra la invasion eslava por una muralla de eslavos.

Una esplosion de entusiasmo acogió este generoso designio, y se estrecharon las manos, se abrazaron, lloraron de ternura á la idea tan solo, de ver renacer el gran pueblo polaco.

—Al ceder una parte de mis Estados, prosiguió el ruso, no hago mas que cumplir un deber justo y natural. El dia que Cerdeña se aumentó con la anexion de las provincias vecinas, creyó que debia ofrecer espontáneamente á Francia una garantía territorial; y del mismo modo, el dia que Rusia sea mayor, y por lo tanto mas temible, debe hacer un pequeño sacrificio por la seguridad de Europa. La Polonia se estenderá como en otro tiempo hasta el Báltico, y aunque jamás tuvo puertos en el mar Negro le cedo sin embargo la Besarabia por

su interés y el vuestro. Será la vecina y aliada natural del Estado moldo-válaco; encontrará un apoyo en la Hungría independiente y fuerte de diez millones de hombres; el Montenegro, la Bosnia y la Servia obtendrán igualmente el pleno ejercicio de su libertad, y todos estos nuevos Estados, sólidamente unidos por el recuerdo de sus desgracias, formarán entre Europa y nosotros la santa liga de las naciones resucitadas.

El jóven Imperio griego abarcará el resto de la Turquía de Europa, la Grecia actual, las islas Jónicas generosamente restituidas por Inglaterra, el Asia Menor y las grandes y pequeñas islas hasta Rodas inclusive. Constituido de este modo, se elevará en algunos años á la categoría de tercera potencia marítima.

En cuanto á nosotros, pobres semi-bárbaros, nos arrojaremos como peoneros al través de ese enjambre de naciones que llenan el centro del Asia, y desmontaremos la Armenia, el Kurdistan, la Persia, el Cabul y el Belutchistan. Por lejos que llevemos nuestras aventuras, nada tendrá que perder en ello la Europa, y sí mucho que ganar, porque le servimos de vanguardia. Si estais contentos de nosotros, el año próximo nos dareis la Siria en aguinaldo: es un país árido y sin recursos, una playa arenosa donde no podria construirse ningun puerto militar. Si deseo adquirir ese desierto de ningun valor, es para ofrecer á mis conciudadanos una especie de pequeña Provenza, á donde irán á deshelarse la nariz despues de los inviernos de Petersburgo.

La peticion era tan modesta y fundada que se concedió incontinenti. El nuevo posesor de la Siria y la nueva propietaria de Egipto, se dieron un vigoroso apretón de manos en señal de amistad y de buenos vecinos.

Pero el prudente y honrado prusiano, que callaba hacia mucho rato, alzó la nariz como un cervatillo que descubre la trailla, y olfateó con visible inquietud.

—Señores, dijo, he oido hablar de una reconstitucion de Polonia. ¿Abrigais tal vez la intencion de quitarme el gran ducado de Posen?

Le respondieron con un silencio que no necesitaba comentario.

—En verdad, señores, añadió, que existe en eso, como no me lo negareis, un estraño encadenamiento. Es decir, que por que el Sultan de los turcos no tiene un ochavo, es preciso que la Armenia y otros diez paises vayan á manos de los rusos; que porque estos se engrandezcan en Asia, ha de reconstituirse la Polonia, y que porque la Polonia renazca de sus cenizas para mayor seguridad del Occidente, he de perder una de las mas hermosas provincias de mi reino.

El presidente le respondió:

—No permita Dios que se os arranque el gran ducado de Posen sin ofreceros ninguna compensacion. Esos arreglos eran permitidos ó al menos tolerados antiguamente, como lo atestiguan las conquistas de Silesia y tantos otros acontecimientos de la misma clase; pero en el dia, caballero, la justicia, el progreso y el interés de las naciones, constituyen los principios que rigen la política. Si deseamos rescatar algunas provincias del Austria, es por interés de ellas y por el bien de la misma Austria, que será mas rica y libre teniendo menos pueblos que descontentar; y si os pedimos el sacrificio de vuestras provincias polacas, es por la tranquilidad general de Europa y por el bien particular de una pobre nacion que tanto ha padecido. Pero la monarquía prusiana puede aumentarse en Alemania en virtud de las mismas razones. La edad media ha dejado en torno vuestro una multitud de Estados microscópicos, desprendidos por voluntad ó por azar de una sola y única nacion. Reunid en un conjunto esas desgraciadas monarquías en miniatura, consultad los pueblos, y se darán por contentos en fundirse en un gran reino y economizar de este modo un noventa por ciento en los gastos generales del gobierno. Luego que la opinion pública se haya pronunciado,

anexad sin temor, completaos y tomad cuerpo. Teneis la palanca y el punto de apoyo: la primera es el sufragio universal, y el segundo un buen ejército. ¿Qué mas se necesita para apoderarse de una provincia? Arquímedes lo dijo antes que nosotros. Este sistema de anexion será bien visto de todo el mundo, y especialmente de los nuevos súbditos de la Prusia.

—En efecto, dijo el ciudadano de Nueva-oYrk: ¿hay nada mas triste y deplorable que el espectáculo de un medio millon de hombres, y hasta de seis mil habitantes reducidos á privarse de lo mas necesario para atender al fausto de una pequeña corte ridícula? Y sin embargo, es lo que se ve por donde quiera en Alemania. ¡Y esto ha permitido la Europa, esto han sancionado los tratados por respeto á la antigüedad y á los abusos, y sin ninguna necesidad política! Por mas que sea republicano, comprendo el gobierno monárquico. Simplifica muchas cosas y da cierto prestigio á las naciones que son bastante ricas para pagarlo; es un gobierno de lujo. Francia, Inglaterra, Rusia y Prusia tienen medios para permitirse este lujo, y tal vez nos lo daremos nosotros el dia en que ya no puedan ponerse de acuerdo los representantes de los Estados de la Union; pero es un abuso lastimoso el que una pequeña aglomeracion de pobres se esfuerce en mantener un príncipe ó duque y todos los parásitos que le rodean... ¿Qué pensariais de un barrendero irlandés que se permitiera el lujo de un mayordomo? Por esta razon, os aconsejo, amigo mio, que anexioneis los pequeños Estados feudales de vuestra vecindad. Los hombres de buen criterio os aplaudirán á porfía.

—¿Es posible? preguntó el prusiano casi convencido. ¿Pero qué dirán los soberanos desposeidos?

—Protestarán; es lo mas probable. Pero hay modelos de protestas hechas ya, y bastante bien hechas, que circulan por Europa. Os anuncio que estoy haciendo una coleccion de ellas para legar á mis hijos algunas muestras de la antigua absurdidad monárquica. Pero de la protesta á la restauracion, media el grueso de varios Ortegas, y el universo está tan acostumbrado á oir gritar á las víctimas del progreso, que ya no le hacen mella sus lamentaciones. Acordaos de la edad media y de aquella polvareda de tiranuelos que cubrian la superficie de Europa; y que creian reinar legítimamente y abusar de la paciencia de los hombres por la gracia de Dios. Pero algunas revoluciones, monárquicas y de otra clase, limpiaron la tierra de todo aquel feudalismo. Los duques y condes dijeron que era un latrocinio ó un despotismo, segun el caso; pero la garganta se cansa al fin de gritar, y callaron, y vieron que se podia vivir con decencia sin ducado, condado ni marquesado, y que una corona, algo ridícula sobre la cabeza de un caballero, hacia muy buen efecto sobre la portezuela de un coche. Estad seguro de que vuestros vecinillos del Norte de Alemania demostrarán igual filosofía despues de probar la misma suerte. Por otra parte, nada os impide indemnizarles en metálico sonante, y si hay entre ellos hombres capaces y celosos, podreis darles algunos empleos decentes y algunas buenas prefecturas adornadas con el nombre de vireinatos. Con sus empleos, sus pensiones y los títulos que puedan dejárseles sin inconveniente, harán ventajosos casamientos.

—Y por otra parte, añadió el buen prusiano, arrastrado por esta lógica, hora es ya de proclamar en Alemania el principio de la soberanía nacional. Un pueblo solo se pertenece á sí propio, y por lo tanto, tiene el derecho de entregarse. Haré votar á los pueblos luego que esté seguro de su consentimiento. Los príncipes se engañan de medio á medio creyéndose propietarios de la nacion, pues no son mas que su propiedad. ¡Permita el cielo que pertenezca yo pronto á toda la Alemania del Norte! Juro obedecer fielmente á la mayoría de mis súbditos, con tal que no me mande mas que en cosas agradables, y doy gracias á la Europa por haberme proporcio-

nado esta preciosa ocasion de servir á los hombres.

—Ya que estais tan bien dispuestos, dijo el americano, no nos costará gran trabajo simplificar el mapa de Alemania. Por una parte, un reino de Prusia, otro de Hannover, y si hay empeño, otro de Sajonia, y por otra parte, un Wurtemberg, una Baviera y una pequeñita Austria. El trabajo de los geógrafos será en adelante mucho menos complicado, y hasta se os podria otorgar en globo el imperio de Alemania si os comprometiérais á proclamar los principios del 89.

—¡Alto ahí! dijo el prusiano, que era justo y concienzudo. No es la ambicion el guia de mi conducta, y no quiero que ni por un solo instante se me pueda juzgar mal. Para atajar de una vez las malas lenguas, quiero antes de toda anexion devolver á Francia mis provincias francesas situadas á la orilla izquierda del Rhin.

El capitan francés rehusó el regalo, y dijo:

—Es verdad que la geografía nos habia dado el Rhin por límite, pero la diplomacia lo ha decidido de otro modo. La Francia, tal como la dejaron nuestros enemigos hace cuarenta y cinco años, es bastante grande para no necesitar nada y bastante fuerte para no temer á nadie. Tengo por costumbre leer *El Times* todas las mañanas, y os confieso que nada me disgusta tanto como el verme tratado en él de ambicioso. Si me adhiriese al proyecto de rectificacion propuesto por la Prusia, *El Times* pondria el grito en el cielo; se diria que no me dejan dormir los laureles de mi tio el teniente, y hasta los corresponsales de *La Independencia belga* se alzarian contra mí, porque la Bélgica se creeria amenazada.

—¿Pero qué mal habria, dijo la hermosa dama de Lóndres interrumpiéndole, en que anexaseis la Bélgica? Los belgas son franceses, un poco mas vivarachos que los demás. Por otra parte, existe un partido francés en Bélgica; las familias principales de ambos países están unidas por los lazos mas íntimos, y creo que los Meródo, por ejemplo, no os son menos adictos que los Montalembert.

—Es cierto, respondió el capitan con su tranquila sonrisa, pero he decidido ser el menos conquistador de los hombres. Hice la guerra en Crimea para los turcos y en Italia para los italianos, y estoy pronto á volverla á hacer, si es de absoluta necesidad, en interés de cualquier gran principio. Pero que muera en Santa Elena, si algun dia me ocurre la idea de codiciar media legua de país. Habeis oido los discursos de vuestro Parlamento y leido las diatribas de vuestros periódicos cuando mi fiel aliado el rey del Piamonte y el deseo de los pueblos me obligaron á aceptar algunas vertientes de montañas. Aquel dia juré que no me cogerian mas.

Toda la Asamblea se esclamó, rogó suplicó y amenazó, pero el capitan fué inalterable, y hasta se creyó por un momento que Inglaterra, Prusia y Rusia iban á formar una coalicion para imponerle por fuerza la frontera del Rhin. Declaró que estaba pronto á esponer el último hombre y el último escudo antes que permitir que retrocedieran los límites de la Francia, y la firmeza de su actitud reprimió el celo de sus aliados.

Se dedicó el fin de aquella velada al arreglo de las fronteras. Se delineó el nuevo mapa de Europa sobre un ángulo de la mesa, con gran satisfaccion de los presentes, se mandó llevarlo al grabador, y todo me permite creer que se hallará muy pronto en el Depósito de la Paz.

En el momento de levantarse la sesion, despertaron al turco, que tenia un mal sueño; veia sus setecientas cincuenta mujeres robadas simultáneamente por setecientos cincuenta maestros de piano, y cuando supo que nada le habian quitado, á escepcion de su imperio, lanzó un suspiro de satisfaccion, y dió gracias á Dios.

Le enseñaron el resultado de las tareas de la Conferencia, y se admiró, como todo el mundo, al ver que el capitan francés no habia aceptado nada.

—¡Cómo! le dijo, ¿habeis presidido á la recomposicion de Europa y nada habeis ganado?

—Ganamos mas de lo que pensais, respondió el capitan. Pongo en primer lugar el honor de haber presidido el grandioso acto que consolida por mucho tiempo la paz del mundo. ¿Y para nada contais la economía que haré desde esta noche rebajando cien millones del presupuesto del ejército francés? Cien millones forman el interés de dos mil, y un dia en que se ganan dos mil millones, no puede ser un dia mal empleado.

Libre en adelante de todas las barahundas de la política esterior, podré dedicar todos mis cuidados á los negocios del país.

Mucho hice ya en pro de la prosperidad material de los campesinos y de los jornaleros que me eligieron el tratado de comercio que he firmado con Inglaterra; solo puede dar fruto en tiempo de paz, y estoy seguro desde hoy de que no será estéril. Vereis antes de dos años á los franceses mejor vestidos, alimentados y amueblados que cualquiera otra nacion. Creo que esto es algo.

Con el restablecimiento de la seguridad pública se fundarán muy pronto en toda Europa grandes empresas, y el imperio griego, Polonia, Hungría, la Servia y el Estado moldo-válaco, no dejarán de aproximarse al Occidente por medio de algunas líneas de vias férreas. ¡Qué negocio para emplear los capitales franceses y qué manantial de prosperidad para el mercado de París! Nuestros rentistas van á trasegar tal cúmulo de miles de millones, que Francia entera recogerá sus salpicaduras. Para asegurar este beneficio á la nacion, tendré cuidado de quitar las barreras que se alzan en torno de la Bolsa, no solo las vallas, sino los decretos. Los hermosos versos de Mr. Ponsard y la elegante prosa de Mr. Oscar de Vallé han dado lugar entre nosotros á medidas restrictivas decretadas sin duda con buena intencion, pero que cuestan caras al país. Repararemos todo esto en los socios de la paz.

No son menos dignos de nuestra atencion los intereses morales, y daré sobre esto mis disposiciones.

La instruccion pública, tanto tiempo descuidada y hasta desviada de su verdadero objeto, exige reformas importantes. Solo esperaba la paz para reparar los errores del llorado Mr. Fortoul y del digno de sentirse Mr. de Falloux.

Solo será vigilada la prensa, esa escuela destinada á la instruccion de los hombres formados, y podremos, sin perjudicar los intereses del Fisco, suprimir el impuesto del timbre que pesa igualmente sobre las buenas y las malas doctrinas. Los libros no serán perseguidos en justicia, ni recogidos por el comisario, aun cuando se hayan escrito en interés del gobierno y en su defensa. Tendremos tiempo para reconocer á nuestros verdaderos amigos, que son los demócratas franceses, y nos guardaremos bien de tratarlos como enemigos.

Nuestros servidores tienen igualmente derecho á una séria atencion; hay algunos que nos sirven demasiado, como el subprefecto de Fougeres. Conservaremos los que nos sirven bien.

La discusion de los negocios públicos se ha ejercido siempre libremente en las asambleas constituidas, pero carecia algun tanto de publicidad. Esta no es siempre un mal en los Estados democráticos. Se insertarán en los periódicos todos los discursos que merezcan imprimirse, como el justo y enérgico discurso de Mr. Dupin.

La elocuencia de algunos diputados me ha sorprendido por su tibieza. Todo me induce á creer que los de la oposicion clerical, cuando se estrenan, serian mas brillantes en sus discursos, si en vez de hablar desde su asiento, pudieran subir á la tribuna. Para animar á estos escolares, mandaremos construir una tribuna de mármol blanco en el salon del cuerpo legislativo.

Nos permitiremos... Pero os tendria aquí hasta mañana si hubiera de deciros todo el bien que podria hacer si se estableciera sólidamente el equilibrio europeo. Contentáos con saber que se corregirán todos los abusos, se protejerán todos los derechos y se fomentarán todas las artes, que el pueblo francés será mas libre, mas ilustrado, mas feliz y mas grande, y que nada mas pide nuestra ambicion.

Aplaudieron por última vez, y la hermosa dama de Lóndres abrazó al orador diciéndole:

—La Francia es muy f liz, pues posee un hombre como vos. Mereceis mi aprecio y mi amistad, y prometo serviros como aliada fiel... siempre que tenga interés en hacerlo.

FIN.

HISTORIAS ESTRAORDINARIAS.